



Archdiocese
of Toronto

Catholic Pastoral Centre
1155 Yonge Street
Toronto, Ontario M4T 1W2
T 416.934.0606
www.archtoronto.org

A Jesús con frecuencia se le llama "el hombre para los demás". Y de hecho, lo es. Él es quien no se aferra a su condición de Dios, sino que se vació a sí mismo; vino a este mundo por nosotros, no por sí mismo, sino por los demás. Y en eso, Él hace presente en nuestro mundo el amor generoso que está dentro de la vida misma de Dios y de la Santísima Trinidad--Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ese "ser para los demás" es realmente lo que nos muestra el Señor Jesús. Es un espíritu de generosidad, un espíritu de olvido de sí mismo, incluso cuando, en Su caso, Él era Dios Todopoderoso. Olvido de uno mismo y preocupación por los demás.

Cuando buscamos cumplir con nuestra propia agenda, quedamos atrapados en nosotros mismos y nos hundimos. Cuando nos olvidamos de nosotros mismos y nos acercamos a los demás, entonces nos encontramos a nosotros mismos. Sabemos quiénes somos, no a través de nuestra propia planificación de lo que vamos a hacer, sino más bien por la forma en que atendemos las necesidades de otras personas. Es ese "ser para los demás" lo que está en el corazón de nuestra vida en Cristo, y buscamos imitar a nuestro Señor Jesús porque Él nos mostró el camino a seguir.

Sin embargo, sabemos que en nuestras propias vidas rara vez actuamos de esa manera. Muy a menudo, no adoramos el amor generoso que encontramos en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo - la Santísima Trinidad, sino que adoramos a la trinidad impía de primero yo, segundo yo y tercero yo. Buscamos al número uno; estoy atento a mí, no al otro.

Recuerdo muy bien haber oído contar de una persona que tiene un pequeño letrero cerca de la puerta de su casa que dice: "Dios es el primero, mi vecino es el segundo, yo soy el tercero." ¡Esa es la actitud adecuada! Si amamos a Dios y amamos a nuestro prójimo, entonces nos encontraremos a nosotros mismos. En lugar de eso, podemos quedar atrapados en el ego, en el yo. "¿Qué quiero? ¿Qué voy a conseguir? Y luego, no encontramos la felicidad que buscamos porque quedamos reducidos a nuestros propios deseos. No hay futuro en eso. No hay vida en eso. Cuando hacemos eso, como alguien dijo una vez muy sabiamente, "Cuando estamos todos envueltos en nosotros mismos, hacemos un paquete muy pequeño." Ese tipo de ego, ese "encontrarse a uno mismo," es una tentación constante. Es algo que encontramos en los primeros días, en las primeras páginas de la Biblia, donde vemos a Adán y a Eva, hombre y mujer, en el Jardín, queriendo el poder de controlarlo todo. "Quiero el control de todo el jardín ... para mí." Eso no funcionó. Para nada! Y son enviados a este mundo para ganarse el pan con el sudor de su frente. Desde los orígenes, en lo profundo de nuestra condición humana de pecado original, tenemos ese sentido egoísta de "Lo quiero para mí." Cuando hacemos eso, no encontramos futuro. Ni siquiera encontramos la felicidad que pensamos obtener cuando tengamos el control. En cambio, al final, vamos a encontrar la miseria. Seremos

una isla de miseria y soledad. Tanta gente solitaria. Ese no es el futuro. Hay una mejor manera! Como dijo John Donne, "Ningún hombre es una isla completa en sí mismo! Siempre necesitamos estar mirando, reflexionando y buscando cómo podemos imitar a nuestro Señor Jesús siendo para los demás. Al olvidarnos de nosotros mismos, descubrimos quiénes somos, viviendo una vida de discípulos. Eso es lo que Jesús nos llama a hacer.

Las lecturas de hoy nos hablan mucho de eso. La primera lectura del Libro de la Sabiduría (Sabiduría 2:12, 17-20), es en gran medida un presagio de Nuestro Señor, el Justo, el que está lleno de Santidad, y no es egocéntrico. A su alrededor, la gente no puede soportar su presencia. La gente que es tan egoísta, no puede soportar la presencia de alguien que vive una vida de amor generoso. En la carta de Santiago, él dice que donde hay envidia y ambición egoísta, habrá desorden y maldad de todo tipo. (Santiago 3:16) La carta de Santiago dice que estos conflictos provienen de las ansias que están en guerra dentro de ti. Tu quieres algo, y como no lo tienes, por eso cometes un asesinato. "Codicias algo y no puedes obtenerlo, por eso te involucras en disputas." (Santiago 4: 1-2)) Esa clase de egoísmo puede tomar todo tipo de formas en la práctica, tanto en la sociedad en general como dentro de cada parroquia, o dentro de nuestro corazón, o dentro de las familias. Ese tipo de ego, esa supremacía del yo, es siempre una fuente de destrucción. Mientras que, cuando miramos a los demás y buscamos el bien común, sin decir: "¿Qué gano yo con esto?" sino más bien, "¿Cómo puedo servir a toda la comunidad?" entonces encontraremos que nuestra propia vida es una vida de paz. Mucha gente lo encuentra. Las personas dedicadas al trabajo voluntario, las personas que se dedican a servir siempre dicen: "Gano más de lo que doy." Cuando nos olvidamos de nosotros mismos y queremos servir al otro individualmente o a toda la comunidad, entonces nos encontramos a nosotros mismos. Encontraremos la felicidad.

Alguien dijo una vez: "Cuando buscas el bien individual, rara vez encontrarás el bien común, pero si buscas el bien común, entonces encontrarás tu propia paz y felicidad individual." Vemos en el Evangelio de Marcos (Marcos 9: 30-37) a aquel que está profetizado ya en el libro de la Sabiduría: Jesús es el que se acerca al otro, sana, sirve, ama, se entrega a los demás y ellos no pueden soportarlo. El nos da ejemplo, incluso en la cruz: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen." En un mundo egoísta y ególatra, Jesús nos muestra el camino de cómo amar generosamente.

Un mayordomo no es el amo. Un mayordomo es el sirviente al que se le han confiado los bienes del amo. Y el Maestro, el Señor Dios, nos ha confiado tiempo, talento y bienes. Nos ha dado, sobre todo, tiempo en este mundo. Todas las diversas capacidades que tenemos no son nuestras. Incluso nuestra propia vida, no la poseemos. Simplemente se nos ha confiado. Somos administradores de nuestra vida. Somos administradores de los dones que hemos recibido. Somos administradores del tiempo que tenemos. Y no es

un tiempo infinito en esta tierra. Tenemos que prepararnos para encontrarnos con el Maestro al final de nuestra vida. No nos va a preguntar: ¿Cuánto has ganado para ti? ¿Qué tan exitoso fuiste? ¿Qué tan cerca llegaste a la cima de este mundo terrenal? Más bien, nos preguntará: “¿Has amado al Señor tu Dios con todo tu corazón, tu mente y tu alma? ¿Has amado a tu prójimo como a ti mismo? ¿Has sido un buen administrador del tiempo que te confié o has tratado de aferrarte a todo para ti mismo?”

Necesitamos tener en nuestro corazón el espíritu de mayordomía. Somos sirvientes, solo sirvientes. El Señor nos ha confiado muchos tesoros y nos pide que los hagamos fecundos en esta vida, sean los que sean (cada uno de nosotros con dones muy diferentes, como dice san Pablo). En lugar de decir: "¿Cómo voy a usar esto o aquello para llegar a la cima?" Deberíamos decir: "¿Cómo puedo aprovechar de manera fructífera y creativa los dones que el Señor me ha dado?" No para ser más que el otro, siendo el primero, como los Apóstoles intentaban hacer; sino, ¿cómo puedo hacer uso de los dones que el Señor me ha dado?

En cada comunidad, hay una gran variedad de dones y todos son muy diferentes. ¿Cómo puedo utilizarlos como un fideicomisario o un mayordomo, para ayudar a un compañero siervo como yo? Para ayudar a otros. Para mostrar amor a los demás, para olvidarme de mí mismo en el generoso don de mi tiempo, sobre todo, al servicio de toda la comunidad. No solamente mi interés, sino el de la persona que está a mi lado, el de mi vecino o de un extraño que viene necesitado, o el de toda nuestra comunidad parroquial y la comunidad en general. ¿Cómo puedo olvidarme de mí mismo y de mi propia agenda y ser un verdadero administrador de los dones que Dios me ha confiado, especialmente el don del breve tiempo que tengo en este mundo?

Esa es nuestra misión, ser fieles discípulos del Señor, pensar en los demás a imitación del “hombre para los demás” y reconocer a Dios como primero, a mi prójimo como segundo, y a mí como tercero. En ese sentido, ser un mayordomo fiel. Un administrador de los dones que Dios me ha dado, ser único en mi propia vida personal al servicio de Dios por amor a Dios y al prójimo. De esa manera, al final de la vida, que llegará en un momento que no conocemos y antes de lo que pensamos, podemos esperar encontrarnos cara a cara con el amoroso Señor y escuchar estas palabras: “Bien hecho, siervo bueno y fiel. Entra en el gozo de tu Señor! ”